

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Junio de 1888

Año III

N.º 30

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

PRINCIPIO DEL FUTURO REINADO DE LA ABUNDANCIA

LA historia industrial del mundo durante los últimos treinta años ha sido una historia de descentralización de la industria, llegando á tal punto, que ninguna nación es ya capaz de mantener el monopolio de abastecer á las demás con los géneros manufacturados que la constituían en la principal productora del mundo en un ramo determinado de la producción. La rápida comunicación entre los hombres, conocimientos é ideas, que es tan característica de los tiempos en que vivimos, ha hecho de aquel monopolio un anacronismo. Las naciones que antes dependían principalmente de la agricultura, han aprendido las artes industriales, empezando á producir también ellas mismas, y las iniciadoras de la industria, que solían sacar su riqueza de las ganancias realizadas con la venta de los géneros manufacturados, encuentran ya que sus antiguos mercados están completamente surtidos de géneros hechos en el país, mientras en los mercados nuevos, que de vez en cuando se abren por guerras coloniales, encuentran quien les haga la competencia, ansioso de tomar su parte de las pobres ganancias que todavía pueden exprimirse de naciones y tribus que permanecen en un estado bajo del desarrollo industrial. Estas eran las conclusiones á que hemos llegado en nuestro anterior artículo titulado *El Hundimiento de nuestro sistema industrial*.

El fenómeno de que se trata no es un simple cambio del centro de gravedad del comercio, tal como Europa lo ha presenciado en los tiempos pasados, cuando la supremacía comercial pasó de Italia á España, de ésta á Holanda, y finalmente á Inglaterra; tiene una significación mucho más profunda, porque excluye la posibilidad misma de una supremacía comercial ó industrial. Enseña el advenimiento de condiciones enteramente nuevas, y las condiciones nuevas requieren nuevas adaptaciones. Sería inútil empeñarse en resucitar el pasado; las naciones civilizadas han de tomar nuevo punto de partida. Naturalmente, muchas voces clamarán por que se mantenga á todo coste la antigua supremacía de los iniciadores; todos los iniciadores han dicho lo mismo. Se dirá que los iniciadores han de alcanzar tal superioridad de conocimientos técnicos y de organización, que puedan batir á todos sus nuevos competidores; pero el hecho es que á pesar de esa supuesta supremacía han de apelar á la fuerza. Pero la fuerza es recíproca, y si el dios de la guerra favorece siempre los batallones más fuertes, los batallones más fuertes son los que combaten por nuevos derechos contra rancios privilegios. En cuanto al sincero deseo de una educación más técnica, en todos participa la mayor cantidad posible, será un bien para la humanidad y no para ninguna nación aislada, porque los conocimientos no pueden cultivarse para el uso doméstico solamente. Los conocimientos y las invenciones, las ideas y las empresas atrevidas, las conquistas del ingenio y los perfeccionamientos de la organización social han llegado á ser plantas internacionales; ninguna clase de progreso intelectual, industrial ó social puede quedar contenido dentro de las fronteras políticas; cruza los mares, perfora las montañas, y no encuentra obstáculo en las estepas. Los conocimientos

y la inventiva son ahora tan completamente internacionales, que si un simple suelto de periódico anuncia mañana que el problema de almacenar la fuerza de imprimir sin dar tinta ó de la navegación aérea ha recibido una solución práctica en tal ó cual país, podemos estar seguros de que á las pocas semanas el mismo problema quedará resuelto casi de la misma manera por un centenar de inventores de todas las nacionalidades. Continuamente leemos que el mismo descubrimiento científico ó invento técnico se ha hecho á pocos días de diferencia en países separados por miles de leguas, como si hubiese una especie de atmósfera que favoreciera la germinación de una idea determinada, en un momento dado. Y semejante atmósfera existe realmente, el vapor, la imprenta y el fondo común de conocimientos la han creado. Los que sueñan con el monopolio del ingenio técnico se hallan muy atrasados, son soldadotes como Napoleón III, quien se figuraba que podría destruir los ejércitos alemanes guardando el secreto de sus ametralladoras, y sufrió tremendo engaño cuando vió que los alemanes venían con armas análogas de invención rusa y fabricación americana, y con una cosa más poderosa que los cañones mecánicos, una táctica militar nueva. El mundo, el anchuroso mundo entero, es ahora el verdadero dominio del conocimiento, y si cada nación despliega capacidades especiales en algún ramo especial, las varias capacidades de las diferentes naciones se compensan mutuamente, y las ventajas que podrían sacarse para una ú otra serían solamente temporales. La fina elaboración británica en las artes mecánicas, la osadía yankee para las empresas gigantescas, el genio sistemático francés y la pedagogía alemana, se van haciendo capacidades internacionales. Guillermo Armstrong, en su taller italiano, comunica á los italianos la capacidad de manejar las enormes masas de hierro desarrollada á orillas del Tyne, el subversivo espíritu emprendedor yankee invade el mundo antiguo, el gusto francés por la armonía llega á ser gusto europeo y la pedagogía alemana perfeccionada se ha instalado en Rusia. Así, pues, en vez de intentar de mantener la vida en los rumbos antiguos, valdría más mirar cuáles son las nuevas condiciones y cuáles los deberes que imponen á nuestra generación.

Los caracteres de las nuevas condiciones son claras, y sus consecuencias fáciles de comprender. Como las naciones manufactureras de la Europa occidental van encontrando cada vez mayores dificultades para vender sus productos fuera de su país á cambio de comestibles, se verán obligadas á producir sus comestibles ellas mismas, á contar con compradores compatriotas para sus industrias y con productores compatriotas también para sus comestibles. Y cuanto antes mejor, ya que la necesidad de la nueva adaptación se hace sentir con intensidad suficiente. Mucho peor hubiera podido presentarse la cosa á no venir inesperadamente un alivio desde los campos de la América, India y Rusia, puestos á fácil alcance de las ciudades de la Europa occidental, por la rápida extensión de la red de ferrocarriles. Si no hubiese venido este socorro, el aprieto de la presente crisis industrial se habría hecho sentir mucho más dolorosamente. Vemos en efecto que, á pesar de las grandes facilidades para el transporte y una baratura nunca vista de los principales artículos de alimentación, Inglaterra se ha visto obligada durante los dos últimos años á reducir considerablemente su consumo de trigo, arroz, patatas, tocino, manteca, etc. Pero el socorro que vino de América y de la India, permitiéndonos tener los comestibles más baratos, precisamente cuando la exportación realizaba los precios más bajos, no era más que temporal, ni puede durar, como veremos más adelante, y, como todos los socorros temporales ha producido una nueva serie de trastornos que aceleran y hacen más intensa la acción de las causas generales; ha hecho sufrir á la agricultura

européa y ha quitado á los manufactureros europeos millones de compradores de su país, ha agravado la crisis industrial, de modo que un hecho que á primera vista parecía hablar á favor de la importación de comestibles se convierte en argumento en el sentido contrario.

Dos grandes objeciones, sin embargo, se oponen á la aceptación general de estas conclusiones. Los economistas y los políticos nos han enseñado que los Estados del Oeste de Europa se hallan tan recargados de habitantes que no pueden producir todos los alimentos y materia primera necesaria para la manutención de su creciente población, resultando de ahí la necesidad de exportar géneros manufacturados y de importar comestibles. Nos han dicho, además, que aun cuando fuera posible producir en el Occidente de Europa todo el abasto necesario para sus habitantes no habría ventaja en producirlo mientras pudiera obtenerse más barato en el extranjero. Tales son las actuales enseñanzas y las ideas admitidas como corrientes en la sociedad en general, y sin embargo, fácil es probar que esto es completamente erróneo, que, al contrario, los territorios de la Europa Occidental podrían producir abundancia de alimentos para una población mucho mayor de la que tienen, y que sería sumamente beneficioso si lo hiciesen. Hé ahí, los dos puntos que voy á discutir hasta donde lo permitan los estrechos límites de una revista.

Empecemos suponiendo el caso más desventajoso, ¿es posible que el suelo del Reino-Unido, que actualmente produce comestibles tan sólo para la mitad de sus habitantes, pueda suministrar toda la cantidad y variedad de comestibles necesaria para 35.000,000 de seres humanos, ocupando tan sólo 32.000,000 de hectáreas, todo contado, bosques y rocas, pantanos y turbaes, ciudades, ferrocarriles y campos? La opinión corriente es que esto no puede ser, y, esta opinión que tan arraigada se halla hasta en un hombre de ciencia como Huxley, que siempre es tan cauteloso cuando se trata de las opiniones corrientes en ciencias, acepta esta opinión sin tomarse la molestia de comprobarla; todos la aceptan como axioma, y sin embargo, así que buscamos un argumento á su favor descubrimos que no tiene el más ligero fundamento, ni sobre hechos, ni sobre juicios formados en virtud de datos bien conocidos.

Tomemos, por ejemplo, la estadística de las cosechas que cada año publica en el *Times* J. B. Lawes. En su última publicación, el 17 de Octubre de 1887, leemos que durante las ocho cosechas de 1853 á 1860, «casi tres cuartas partes de la cantidad total de trigo consumido en el Reino-Unido, era de producción del país, y que poco más de una cuarta parte era sacado del extranjero;» pero ahora las cifras se hallan casi invertidas, es decir, «que durante los ocho de 1862 á 1886, poco más de un tercio ha sido suministrado por las cosechas del país y casi dos tercios por la importación;» pero ni el aumento de población en 8.000,000, ni el del consumo de trigo en 20 litros por cabeza, explican el cambio. Treinta años atrás el suelo británico alimentaba un habitante por cada 80 áreas cultivadas, ¿por qué requiere ahora 120 para alimentar á un habitante? La contestación es sencilla, pura y simplemente porque la agricultura ha decaído durante los últimos treinta años. En efecto, el área cultivada de trigo sufrió una disminución desde el período de 1853 á 1860 de 600,000 hectáreas, y por esto el término medio de la cosecha de estos últimos cuatro años ha sido inferior á la cosecha media de aquel período en más de 14.000,000 de hectólitros; ya este déficit representa por sí solo el alimento de más de 7.000,000 de habitantes. Al mismo tiempo el área cultivada de cebada, avena, habichuelas y otras cosechas, ha quedado también reducida en otras 200,000 hectáreas, lo cual da por término medio una baja de 25 hectólitros por hectárea que representa

sobre poco más ó menos los cereales necesarios para completar el abasto de aquellos 7.000,000 de habitantes. Así, pues, podemos decir, que cuando el Reino Unido importa cereales por 17.000,000 de habitantes en vez de 10.000,000, es simplemente porque más de 800,000 hectáreas se han perdido para el cultivo. El mismo decrecimiento se ha verificado también para el cultivo de verduras: el área de patatas ha quedado reducida á más de 100,000 hectáreas, la de acelgas en más de 90,000, y aunque la de nabos, zanahorias, etc., haya aumentado, sin embargo el área total de todos estos productos ha sufrido una reducción de 120,000 hectáreas y la de lino de más de 50,000. Sólo los pastos permanentes y en circulación tuvieron aumento de cultivo; pero á pesar de esto no hay un aumento correspondiente en ganado.

No es el aumento de población ni el de consumo lo que ha invertido la relativa importancia de los comestibles producidos en el país y de los importados, sino el abandono de la agricultura. Todas las cosechas que requieren trabajo humano han reducido sus áreas, una tercera parte de los trabajadores agrícolas han ido á reforzar las filas de los desocupados en las ciudades, de modo, que lejos de tener exceso de población, los campos británicos tienen hambre de trabajo humano. La nación británica no trabaja su suelo, se le impide hacerlo, y los supuestos economistas se quejan de que el suelo no nutre á sus habitantes: según es el propietario, así es la tierra, sería la contestación de los labradores franceses. Un día se me ocurrió hacer una excursión por el condado de Sussex; había leído la obra de Lavernie y esperaba encontrar un suelo diligentemente cultivado; pero ni en las cercanías de Londres, ni más hacia el Sur, veía gente en los campos; en el Weald podía andar treinta kilómetros sin atravesar más que terrenos baldíos, arrendados, como decían los labradores, á unos señores de Londres «para caza de faisanes,» suelo infértil, pensaba yo; pero luego tropezaba con una masía en el cruce de dos caminos y veía que un suelo igual producía una rica cosecha, y mi segundo pensamiento fué «*tant vau l'homme, tant vau la terre,*» (la tierra vale conforme el hombre que la cultiva). Más adelante vi los ricos campos de los condados del interior, y aun allí me sorprendió que no viera el mismo trabajo humano diligente que estaba acostumbrado á admirar en los campos de Bélgica y de Francia. Pero dejó de extrañarme cuando me dijeron que solamente 1.300,000 de hombres y mujeres estaban trabajando en los campos de Inglaterra y Gales, mientras que 16.000,000 pertenecían á las clases profesionales domésticas indefinidas é improductivas, como dicen los estadísticos, sin piedad. 1.400,000 seres humanos no pueden cultivar colectivamente una área de 15.000,000 de hectáreas, á no ser que recurra á los métodos de cultivo de Bonanza. Por otra parte, partiendo de Harraw, se pueden caminar ocho kilómetros hacia Londres, ó en cualquier otra dirección, sin ver más que prados sobre los cuales se cosechan apenas cinco toneladas de heno por hectárea, bastante escasamente para mantener una vaca lechera sobre cada hectárea; el hombre brilla por su ausencia en estos prados: los alisa con un cilindro pesado en primera, esparce un poco de abono cada dos ó tres años y luego desaparece hasta que venga el tiempo de la siega, y esto sucede á 16 kilómetros del centro de Londres, en la cercanía inmediata de una ciudad de 5.000,000 de habitantes, que recibe patatas de Flandes, lechugas de Francia y manzanas del Canadá. En manos de los hortelanos franceses cada mil hectáreas, situadas á igual distancia de la ciudad serían cultivadas por lo menos por 5,000 seres humanos, que producirían verduras por valor de 10,000 á 60,000 pesetas por hectárea. Pero aquí las hectáreas que no necesitan más que la mano del hombre para convertirse en inagotable fuente de cosechas de

oro, yacen baldías, y los economistas justifican el hecho diciéndonos que es arcilla pesada, sin saber siquiera que en las manos del hombre no hay terrenos infértiles, que los terrenos más fértiles no se hallan en las pampas de América ni en las estepas de Rusia, sino que están en los turbales de Irlanda, en las dunas arenosas de las costas del mar del Norte, en las resquebrajadas montañas del Rhin, hermoso resultado de la actividad inteligente del hombre.

Se dirá que esta opinión contradice la bien conocida superioridad de la agricultura británica; ¿no se sabe acaso que las cosechas británicas corresponden por término medio á 25 hectólitros de trigo por hectárea, mientras que en Francia alcanzan solamente la mitad? ¿Acaso no se lee en todos los anuarios que la Gran Bretaña saca cada año 175.000.000 de libras esterlinas de sus campos por la producción de leche, queso, carne y lana? Todo esto es verdad, y no cabe duda que en muchos conceptos la agricultura británica es superior á la de cualquiera otra nación. En esto de sacar la mayor cantidad de productos de la menor cantidad de labranza, Inglaterra indudablemente era la primera nación hasta que quedó suplantada por los Estados-Unidos. También con respecto á las hermosas razas de ganado vacuno, el espléndido estado de los prados, los resultados obtenidos por distintos colonos hay que aprender mucho de Inglaterra; sin embargo, un conocimiento más exacto de la agricultura británica, descubre también muchos rasgos de inferioridad. Por magnífico que sea un prado no deja de ser mucho menos productivo que un campo de trigo, y las hermosas crías de ganado aparecen mezquinas mientras cada buey requiere más de una hectárea de tierra para su manutención. Ciertamente puede uno admirarse del término medio de 25 hectólitros que produce el país; pero cuando se sabe que solamente un millón de hectáreas, de los veinte millones de ellas que se cultivan producen tales cosechas, nos quedamos desilusionados. Fácilmente podrían obtenerse los mismos resultados si la cantidad de abono que generalmente se usa se dedicase á la vigésima parte del terreno que cultiva; por otra parte, los 25 hectólitros ya no nos parecen tan satisfactorios cuando nos enteramos que sin abono, solamente por buena labranza, se han obtenido en Rothonstead un término medio de $2\frac{1}{2}$ hectólitros por hectólitro de la misma parcela de tierra durante cuarenta años consecutivos, mientras que con abono se obtienen 8 hectólitros más; y bajo el sistema de aparciamiento las cosechas alcanzan á veces hasta 49 hectólitros por hectárea.

La comparación con Francia no conduce á nada, porque ésta practica ambos sistemas de cultivo, el extenso y el intenso; y allí donde este último es empleado, como en el Norte y en la isla de Francia los resultados son los mismos que en Inglaterra. Además Francia produce un término medio de 13 hectólitros por una extensión que cubre una quinta parte del área cultivada y casi la séptima parte de todo el territorio, y su importación neta de cereales y harinas alcanza solamente una vigésima parte de su consumo anual, subiendo, excepcionalmente, á una décima parte; de modo que Francia alimenta, de 170 á 178 habitantes por milla cuadrada, mientras que Inglaterra provee de alimento del país solamente á 142 de los 290 individuos que viven sobre cada milla cuadrada de su territorio. Ahora bien, si tenemos en cuenta la alimentación inferior de los irlandeses, de los montañeses de Escocia y de los pobres, no podemos decir que la alimentación de los franceses, por término medio, sea inferior á la de los ingleses; pero, como queda dicho, no se debe comparar la agricultura extensa con la intensa. Si queremos hacer una comparación imparcial, debemos tomar otro país de cultivo intenso, por ejemplo, Bélgica, y entonces la comparación no resultará á favor de Inglaterra.

Bélgica produce, también, por término medio, 25 hectólitros de trigo

por hectárea; pero su área cubierta de trigo es relativamente el doble de la del Reino-Unido, puesto que ocupa la undécima parte del terreno cultivado y una duodécima parte del territorio total. Además, Bélgica, cultiva en mayor escala las plantas industriales, y aunque mantiene el mismo número de ganado por hectárea que el Reino Unido, la totalidad de sus cosechas de cereales es cinco veces mayor con respecto al territorio total. A los que dijeren que el suelo de Bélgica es más fértil que el de Inglaterra, se les puede contestar con las palabras de Lavelette, que solamente una mitad, ó aun menos, del territorio, presentaba las condiciones naturales favorables por la agricultura; la otra mitad consiste en suelo arenoso, cuya natural esterilidad podría vencerse solamente por medio de muchísimo abono. El hombre, y no la naturaleza, ha dado al suelo belga su natural productibilidad. Con este suelo y su trabajo consigue proporcionar casi toda la manutención á una población que es más densa que Inglaterra y Gales, siendo de 514 habitantes por milla cuadrada. Si tenemos en cuenta la exportación de productos agrícolas de Bélgica podemos decir que las cifras de Lavelette quedan en pié, y que solamente 1 de cada 20 habitantes requiere la importación de alimento; pero aun duplicando sus cifras encontramos que el suelo de Bélgica alimenta á 460 habitantes por milla cuadrada, y Bélgica es por añadidura un país manufacturero que exporta géneros fabricados en el país por valor de 80 pesetas por cada individuo de su población total. En cuanto al examen de partes determinadas del territorio belga, la pequeña y por naturaleza infértil provincia de Flandes occidental, no solamente produce el alimento de sus 580 habitantes por milla cuadrada, sino que exporta productos agrícolas por valor de 31'25 pesetas por individuo, y, sin embargo, nadie puede leer la magistral obra de Lavelette sin llegar á la conclusión de que la agricultura en Flandes habría obtenido mejores resultados si su desarrollo no encontrase un obstáculo en el continuo y gravoso aumento de la renta, pues en vista de que ésta sube cada nueve años, los más de los colonos se abstienen de introducir mejoras.

Podría citar ejemplos análogos de otras partes, de Lombardía, por ejemplo, por no ir demasia lejos; pero los ya mencionados bastarán para prevenir al lector contra las arbitrarias afirmaciones de los economistas respecto á la imposibilidad de alimentar á 35.000,000 de habitantes sobre 33.000,000 de hectáreas.

Lo expuesto nos lleva lógicamente á las siguientes conclusiones: 1.^a Si el suelo de Inglaterra fuese cultivado como lo era treinta años atrás, podría alimentar 24.000,000 en vez de 17.000,000, y este cultivo, dando ocupación á 750,000 individuos por lo menos, aseguraría á las manufacturas británicas 3.000,000 de ricos paraguayanos; 2.^a Si el terreno destinado al trigo treinta años atrás se hubiese cultivado como ahora se labran los campos en Inglaterra bajo el sistema del aparciamiento, que da, por término medio, 3½ hectólitros por hectárea, el país podría producir alimentos para 27 de sus 35.000,000 de habitantes; 3.^a Si ahora el área cultivada en Inglaterra (80,000 millas cuadradas) fuese cultivada como se cultiva el suelo, por término medio, en Bélgica, produciría alimento para 37.000,000 de habitantes y podría exportar productos agrícolas sin dejar de fabricar para atender á todas las necesidades de una población rica, y, finalmente, 4.^a Si la población del país se duplicara, elevándose á la cifra de 70.000,000 de habitantes, y se cultivase el suelo á la manera de las mejores haciendas del país, de Lombardía y de Flandes, incluyendo en el cultivo general los prados que ahora rodean, casi improductivos, las grandes ciudades de la misma manera que los hortelanos de París cultivan los alrededores de la capital, la agricultura nacional abastecería cumplidamente tan enorme población.

Todo esto no son sueños fantásticos sino realidades, nada más que discretas conclusiones de lo que vemos alrededor de nosotros, prescindiendo de todo adelanto de la agricultura en el porvenir.

Si queremos saber lo que la agricultura puede dar de sí, lo que puede producirse en una extensión dada de terreno, hemos de pedir informes á los que cultivan huertos para el mercado, sea en Inglaterra, sea en los alrededores de las grandes ciudades, sea en Holanda. Este estudio demuestra que cada 40 hectáreas, bajo un cultivo apropiado, dan alimento, no para 40 individuos, como sucede ahora en las mejores haciendas inglesas, sino para 200; no para 60 vacas lecheras, como se ve ahora en la isla de Jersey, sino para 200 y más. Mientras la ciencia dedica su principal atención á las empresas industriales, un número de amantes de la naturaleza y una legión de trabajadores que quedarán desconocidos para la posteridad han creado recientemente una agricultura nueva, tan superior á la moderna, como ésta lo era respecto del antiguo sistema de los tres campos de nuestros abuelos. La ciencia los ha guiado rara vez, y al contrario, alguna vez los ha extraviado, como sucedió con las teorías de Liveig llevadas al extremo por sus secuaces, que los inducían á tratar las plantas como vasos de vidrio que contuviesen sustancias químicas, olvidando que no puede haber tal ciencia como no existe la pretendida química del organismo, toda vez que la única ciencia capaz de tratar la vida y su desarrollo es la fisiología y no la química. La ciencia los ha guiado rara vez, procedieron empíricamente; pero como los ganaderos abrieron nuevos horizontes á la biología, ellos han abierto un nuevo campo de investigación experimental para la fisiología de las plantas; han creado una agricultura completamente nueva; burlan de nosotros cuando alabamos el sistema de rotación, que nos ha permitido sacar del campo una cosecha cada año ó una cosecha cada tres años, pues su ambición es obtener seis, nueve y doce cosechas de la misma extensión de tierra durante los doce meses. No existen para ellos buenos ni malos terrenos, porque se arreglan el suelo ellos mismos y lo hacen en tal proporción, que anualmente han de vender parte de las excrecencias del mismo, porque de lo contrario el nivel de la superficie subiría media pulgada cada año. Su objeto no es cosechar de doce á quince toneladas de yerbas por hectárea, como hacemos nosotros, sino de ciento á ciento cincuenta toneladas de varias verduras; no por valor de 300 pesetas de heno, sino de 3,000 de verduras ordinarias. A esto aspira ahora la agricultura.

Sabido es que la carne es lo más costoso de nuestra alimentación ordinaria, de la que por término medio consume cada individuo anualmente 225 libras. Ya hemos visto que, aun en Inglaterra y Bélgica, se necesita más de una hectárea para mantener una cabeza de ganado; de modo, que una población de 1.000,000 de habitantes habría de reservarse más de 1.000,000 de hectáreas de terrenos para abastecerse de carne. Pero si vamos á la hacienda de M. Gopart, veremos que produce en un campo desaguado y bien abonado, por término medio, 90,000 libras de yerbas por hectárea que le dan el alimento para dos y medio bueyes. De modo que el producto resulta practicado. En cuanto á las acelgas, que también usan para alimentar el ganado, M. Champion de Whity obtiene, mediante las aguas cloacales, 250,000 y á veces hasta 500,000 libras por hectárea, sacando, de esta manera, de cada hectárea, el alimento de cinco ó seis bueyes. Y tales cosechas no son hechos aislados; así, por ejemplo, M. Gros, de Hantum, cosecha 1.500,000 libras de remolachas y zanahorias, lo que le permite mantener diez cabezas de ganado vacuno sobre cada hectárea. Cosechas de 2.500,000 de remolacha son numerosas en Francia y el éxito depende enteramente del buen cultivo y oportuno abono.

Resulta, pues, que, mientras se necesita en Inglaterra 12.000,000 de hectáreas para mantener 10.000,000 de cabezas de ganado vacuno, el doble número podría mantenerse sobre la mitad del terreno, y si la densidad de la población lo requiriese, el número del ganado podría duplicarse aún, quedando la superficie necesaria para mantenerlo y todavía la mitad y hasta un tercio de la que es hoy.

Estos ejemplos son bastante curiosos, y, sin embargo, los que suministran el cultivo de los huertos para el mercado son todavía más sorprendentes. Quiero decir, el cultivo que se lleva á cabo en la vecindad de las grandes ciudades y más especialmente en los alrededores de París, siendo el rasgo distintivo el replanteo. En este cultivo cada planta es tratada según su edad, las semillas germinan y desarrollan sus primeras cuatro hojitas en condiciones especialmente favorables del suelo y de la temperatura; luego las mejores plantitas se sacan y trasplantan en un bancal de barro fino, bajo cubierta ó al aire libre, donde desarrollan libremente sus raíces y reciben mayor cuidado, porque se hallan reunidas en un espacio limitado, y solamente después de esta especie de educación preliminar se trasplantan al terreno abierto donde crecen hasta madurar. En semejante cultivo el estado primitivo del suelo es de poca monta, porque el barro se hace de los antiguos bancales de invernáculo.

Las semillas se escogen cuidadosamente y por esto dan resultados sorprendentes como los que obtuvo en 1862 Mr. Habett con su «trigo genealógico;» no hay temor de sequía á causa de la variedad de las cosechas y el riego abundante por medio de una máquina de vapor y la provisión de plantas siempre bien surtida para reemplazar los individuos más débiles. Casi cada planta se trata por sí sola; volúmenes podrían escribirse sobre las maravillas llevadas á cabo de esta manera, de modo que he de remitir al lector á las interesantísimas obras que tratan especialmente de este asunto, limitándome á citar algún ejemplo al azar. Empecemos por el de M. Ponce, autor de una obra bien conocida sobre el cultivo de los huertos. El suyo ocupa poco más de una hectárea; los gastos de instalación, incluso la máquina de vapor para el riego, alcanzaron á 1,136 libras esterlinas. Ocho individuos, M. Ponce inclusive, cultivan el huerto y llevan las verduras al mercado con la ayuda de un caballo, y á la vuelta de París traen abono, con el cual gastan 100 libras esterlinas cada año, invirtiéndose otras 100 en el arriendo y las contribuciones. ¿Pero cómo enumerar todo lo que se recoge cada año sobre aquella hectárea, sin llenar dos páginas ó más, de las más asombrosas cifras? hay que leerlas en la obra de M. Ponce; pero aquí van las principales: más de 10,000 kilos de zanahorias, otro tanto de cebollas, rábanos y otras verduras que se venden al peso; 6,000 piezas de col, 3,000 de coliflor, 5,000 cestos de tomates, 3,000 docenas de frutas escogidas, 154,000 lechugas, en una palabra, más de 125,000 kilógramos de verduras. El suelo se fabrica en tal cantidad que cada año se ha de vender 230 metros cúbicos de marga, el rédito se estima en 800 libras con que se pagan las 100 libras de arriendo y contribuciones, y 570 libras de gastos de labranza. Ejemplos como este podrían citarse á docenas, y la mejor prueba de que esto no es exagerar, es el precio elevado de arriendo que pagan los hortelanos, que por término medio es de 400 duros por hectárea. Cerca de mil hectáreas se cultivan de esta manera en los alrededores de París, por 5,000 individuos, que así, no solamente proveen de verduras á dos millones de parisienses, sino que les queda para enviar á Londres.

Estos resultados se obtienen con ayuda del calor artificial de miles de campanas de vidrio, etc. Mas aun sin el auxilio de estos recursos costosos se producen al aire libre verduras por valor de 2,500 duros por hectárea, y algunos hortelanos sacan este beneficio de media hectárea.

Naturalmente, en estos casos, los altos precios de venta no se refieren á las primicias de invierno, sino á las cosechas corrientes; 2,500 duros por simples verduras por hectárea, parecen cosechas exorbitantes, pero el hecho queda atestiguado por las mejores autoridades y se comprueba por los subidos arriendos que pagan los hortelanos de París. No nos podemos formar una idea de lo que el suelo puede dar de sí, si no lo hemos visto con nuestros propios ojos. Es verdad que este cultivo maravilloso es muy reciente. Treinta años atrás la horticultura era muy primitivo; mas ahora el hortelano parisiense, no solamente desafía el suelo, toda vez que se siente capaz de producir cosechas sobre el pavimento de asfalto, sino que también desafía el clima. Sus paredes, construídas para reflejar la luz y proteger los árboles contra los vientos del Norte, sus pantallas y protectores de vidrio, sus marcos y semilleros han convertido los suburbios de París en verdaderos jardines meridionales, dando á la ciudad los dos grados de latitud menos que deseaba un naturalista francés; suministra á la ciudad montañas de uvas y frutas en cualquiera estación, y al principio de la primavera la inunda y perfuma de flores. Pero no solamente produce artículos de lujo, sino que las verduras ordinarias se cultivan cada año en mayor escala, y los resultados son tan buenos, que los hortelanos prácticos se atreven á afirmar que toda la alimentación animal y vegetal necesaria para los tres y medio millones de habitantes de los dos departamentos del Sena y Sena y Oise podría producirse en su propio territorio (3,250 millas cuadradas) sin recurrir á otros métodos que los actualmente empleados.

Y sin embargo, no se halla en las inmediaciones de París nuestro ideal agricultor. En el penoso trabajo de la civilización hallamos indicado el camino que debemos seguir, pero el ideal de la civilización moderna está en otra parte. Afánase el actual agricultor desde la madrugada hasta la noche, sin dedicar un solo día al exparcimiento y al descanso; no tiene tiempo para vivir la vida de un sér humano; los intereses de la comunidad no existen para él; su mundo está en su huerto aun más que en su familia; y esto no puede ser nuestro ideal, ni como individuo ni como sistema de agricultura.

Si prescindimos de aquellos hortelanos que cultivan principalmente las llamadas primicias, como por ejemplo, fresas en Enero, si tomamos solamente aquellos que producen sus cosechas en el campo libre, recurriendo á la protección solamente en los primeros días de la planta, vemos que la esencia de su sistema consiste en crear para la planta un suelo nutritivo y poroso que contenga la necesaria materia orgánica en descomposición y los compuestos inorgánicos, y luego en mantener aquel suelo y la atmósfera ambiente á una temperatura y humedad superior á las del aire libre. Si el hortelano hace prodigios de trabajo, inteligencia, imaginación, combinando diferentes clases de abono para hacerles fermentar á una velocidad dada, su único objeto es el mencionado de obtener un suelo nutritivo y una temperatura y humedad uniforme de la atmósfera y del terreno. Todo su arte empírico se concentra en esto, pero esto mismo puede obtenerse de otra manera más fácil: el suelo puede *mejorarse* á la mano, pero no necesita *hacerse* á la mano, cualquier suelo de cualquier composición deseada puede hacerse por medio de maquinaria; tenemos ya fábricas de guano, máquinas para pulverizar la fosforita y todo género de materiales por resistentes que sean, y veremos fábricas de marga así que haya demanda para las mismas; claro es que actualmente, en vista del fraude y de la adulteración que reinan en inmensa escala en la fabricación del abono artificial, cuya fabricación se considera como un proceso químico en vez de considerarse como fisiológico, el hortelano prefiere emplear un trabajo inmenso que

arriesgar su cosecha por el uso de una composición de pomposa etiqueta pero sin valor, pero este es un obstáculo que depende de la falta de conocimientos y de la mala organización social, no de causas físicas. En cuanto á la necesidad de proporcionar á la planta en su primera vida calor del suelo y de la atmósfera, hace ya treinta años que Labergnie predijo que el paso próximo que debería hacer la agricultura sería calentar el suelo. Los tubos de calefacción dan los mismos resultados que los abonos fermentantes, pero con mucho menos gasto de trabajo humano, y ya podemos ver el sistema funcionando en gran escala, pues M. Lemaître, de Asnieres, ha cubierto de un techo de vidrio unas veinte áreas de terreno para el cultivo de espárragos, teniendo así un huerto de invierno en que el hombre se mueve y trabaja libremente á beneficio del calor producido con el gasto de una sola tonelada de carbón por día. La cosecha diaria durante diez meses consecutivos no es menor que de 1,000 á 1,200 manojos de espárragos, que se venden en el mercado al precio de 75 á 80 céntimos cada uno. La *Revista de Horticultura* afirma que nada menos que veinticuatro hectáreas de terreno se necesitarían para cosechar la misma cantidad de espárragos al aire libre, de modo que por aquel sistema la fuerza productiva de un área dada, aumentaría más de cien veces; por supuesto ahora que el sistema capitalista nos hace pagar todo cuatro ó cinco veces más caro de lo que vale, hemos de gastar una libra esterlina ó más por cada metro cuadrado de invernáculo calefacto, pero cuántos intermediarios hacen fortuna con los marcos de madera que se importan de Noruega. Si sólo pudiésemos contar nuestros gastos de trabajo, descubriríamos con asombro que gracias al uso de la maquinaria el metro cuadrado de invernáculo no cuesta más que dos días de trabajo humano, y podemos ver en los jardines de nuestros millonarios que se necesita solamente el trabajo de cinco ó seis hombres para tener en orden veinte invernáculos, que juntos ocupan el espacio de cuarenta áreas; por esto el invernáculo, que antes era un lujo, va entrando aprisa en el dominio del alto cultivo industrial y podemos prever el día en que el invernáculo de vidrio será considerado como accesorio indispensable del campo, tanto para la producción de aquellas frutas y verduras que no prosperan al aire libre, como para favorecer la primera vegetación de ciertas plantas que necesitan abrigo.

La fruta del país es siempre preferible al producto medio verde que importan de fuera, y el exceso de trabajo de mantener una planta joven bajo cristal queda compensado abundantemente por la incomparable superioridad de las cosechas. Con respecto al trabajo, cuando recordamos la realmente increíble suma de labor que se ha gastado en las orillas del Rhin y en Suiza para hacer viñas con sus terrados y muros, subiendo las tierra por las peñascosas cuestas, y todo el trabajo que se gasta cada año en el cultivo de estas viñas y estos huertos, nos preguntamos ¿cuál de los dos requiere menos trabajo humano, un plantel de vides en frío en un suburbio de Londres, ó una viña del Rhin ó del lago de Ginebra? Y cuando comparamos los precios realizados por el productor de uvas en los alrededores de Londres (no los que se pagan en las fruterías de los barrios ricos) con los corrientes de Suiza ó del Rhin, nos inclinamos á sostener que en ninguna parte de Europa, más allá del 54° de latitud, las uvas se producen con menos dispendio de trabajo humano y de capital que en las *viderías* (uverías) de las afueras de Londres. Concerniente á la siempre ponderada en demasía productividad de los países exportadores, tengamos presente que los cosecheros del Mediodía de Europa beben una detestable vinaza; que Marsella fabrica vino para el uso del país con pasas de Asia; que el labrador normando, que envía sus manzanas á Londres, bebe verdadera sidra solamente en las grandes fiestas. Semejante

estado de cosas no continuará siempre, y no está lejos el día que nos veremos obligados á emplear nuestros propios recursos para proveernos de las cosas que ahora importamos sin que por ello salgamos peor librados. Son inagotables los recursos de la ciencia para ensanchar el círculo de nuestra producción y hacer nuevos inventos, como el de sacar azúcar de las remolachas por falta de caña. Y cada nuevo ramo de actividad provoca cada vez muchas otras innovaciones que aumentan constantemente el poder del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza.

Si tenemos en consideración todo esto, si nos hacemos cargo del progreso realizado últimamente en horticultura y la tendencia á extender los métodos de ésta á los campos en general; si miramos los experimentos agrícolas que se están haciendo ahora,—experimentos hoy y aplicaciones mañana,—y reflexionamos sobre los recursos de que dispone la ciencia, hemos de convenir en que es absolutamente imposible prever hoy el número máximo de seres humanos que pueden vivir holgadamente, disfrutando la vida, sobre un área dada de terreno, así como la variedad de productos que podrían cultivarse con ventaja en tal ó cual latitud. Cada día se extienden los límites anteriores, abriendo nuevos y anchurosos horizontes. Lo más que podemos decir hoy es, que 240 individuos podrían vivir fácilmente sobre cada kilómetro cuadrado, y que con los métodos de cultivo que ya se emplean en gran escala 400 individuos humanos,—no burgueses,—viviendo sobre un kilómetro cuadrado, podrían holgadamente, sin fatigarse, sacar de aquella área una exuberante alimentación vegetal y animal, con todo el lino, lana, seda y pieles necesarias para vestirse. En cuanto á lo que podría conseguirse con los métodos todavía más perfectos conocidos ya, aunque no aun comprobados en grande, vale más no hacer los proyectos fantásticos á que inducirían las recientes conquistas del cultivo intenso.

Vemos, pues, que la falsa teoría del exceso de población no resiste la primera tentativa de someterla á un examen más detenido. Sólo pueden sentir esta demostración los que se horrorizan de ver que la población inglesa aumenta en un individuo cada mil segundos, porque consideran al sér humano como puro pretendiente al fondo de riqueza material de la humanidad, sin ser al mismo tiempo un contribuyente al mismo fondo; pero nosotros que vemos en cada recién nacido un futuro trabajador capaz de producir mucho más que su parte en el fondo común, nos alegramos de su venida. Sabemos que una población densa es una condición necesaria para permitir al hombre aumentar las fuerzas productivas de su trabajo. Sabemos que un trabajo altamente productivo es imposible mientras los hombres vivan diseminados y en corto número sobre grandes territorios, siéndoles imposible reunirse para las grandes obras de la civilización. Sabemos la suma de trabajo que se gasta en arañar el suelo con un arado primitivo, en hilar y tejer á la mano, y sabemos también que cuesta mucho menos trabajo producir la misma cantidad de alimento, tejer la misma tela con ayuda de la maquinaria moderna, y vemos que es infinitamente más fácil producir 200,000 kilogramos de comestibles en una hectárea que en cien. No está mal imaginarse que el trigo crece por sí solo en las estepas rusas, pero los que han visto como el labrador se afana en la región fértil y en la tierra negra, tendrán un solo deseo, el de que el aumento de población permita el uso del arado al vapor y el de la horticultura en las estepas, que aquéllos que ahora son las bestias de carga de la humanidad hiergan sus espaldas y sean al fin hombres.

Hemos de reconocer, sin embargo, que hay pocos economistas que se hagan cargo de estas verdades. Admiten de buena gana que la Europa occidental podría producirse muchos más comestibles, pero no ven la necesidad y la ventaja de hacerlo mientras haya naciones que pueden

enviar alimentos en cambio de géneros manufacturados. ¿Por qué tomarnos la molestia de producir cereales en el país, dicen, cuando podemos obtenerlos más barato de fuera? Veamos, pues, si realmente es más ventajoso para los europeos occidentales importar sus alimentos que producirlos ellos mismos. Es obvio que si nos contentamos con decir simplemente que es más barato traer trigo de Riga que producirlo en el condado de Lincoln, la cuestión está arreglada en un momento; ¿pero es verdad, es realmente más barato sacar el alimento del extranjero? y aun suponiendo que lo sea ¿no conviene, sin embargo, analizar ese producto compuesto que llamamos precios antes que aceptarlo como supremo y ciego regulador de nuestras acciones? Sabemos, por ejemplo, como la agricultura francesa está cargada de contribuciones, quedando 44 p. % de la renta real de la agricultura francesa absorbida por el Estado sin contar los consumos y, sin embargo, si comparamos los precios de los artículos de alimentación en Francia, que produce la mayor parte ella misma, con los que se pagan en Inglaterra, que los importa, no encontramos ninguna diferencia á favor del país importador, al contrario el balance está más bien á favor de Francia, y lo estuvo decididamente con respecto al trigo hasta que se introdujo el nuevo arancel proteccionista; pero aun hay otro rasgo más desfavorable para Inglaterra, y es el desarrollo desproporcionado de la clase de intermediarios que están entre el importador y el productor indígena por un lado y el consumidor por otro, y que llenan sus bolsillos con una parte injustificada de los precios que pagamos. Todos hemos oído hablar del cura párroco del distrito del Este de Londres, quien se vió obligado á hacerse carnicero para salvar á sus feligreses de la codicia del medianero. Leemos en los diarios que muchos colonos de los condados del interior no sacan más de 90 céntimos por una libra de manteca, mientras que el consumidor la paga hasta 2 pesetas, y que 15 céntimos por litro de leche es todo lo que los colonos de Echeshire pueden alcanzar, mientras que nosotros pagamos en Londres 40 céntimos por la leche falsificada y 50 céntimos por la pura. El *Daily News* hizo constar en una serie de artículos que el consumidor paga la hortaliza á razón de chelin y á veces dos por cada penique que saca el colono, y esto en un país que importa sus alimentos ha de resultar necesariamente así, el mercado desaparece y el intermediario aparece; pero si nos vamos hacia el Este, á Bélgica, Alemania, Rusia, encontramos que el gasto de la vida se reduce cada vez más, de modo que en Rusia, que es todavía un país agrícola, el trigo cuesta la mitad del precio de Londres y la carne se vende en las provincias á 25 céntimos la libra. Parece, pues, que está del todo probado que es más barato vivir de alimentos importados que de producirlos uno mismo, mas si analizamos el precio, distinguiendo entre sus elementos debidos á causas naturales y los debidos á causas sociales ó más bien artificiales, la desventaja resulta cada día más evidente. Si comparamos, por ejemplo, los gastos de la producción del trigo en Inglaterra y en Rusia vemos que en el primer país el quintal de trigo no puede ser producido á menos de 11 pesetas, mientras que en Rusia el coste se calcula en 4 $\frac{1}{2}$ á 6 pesetas. La diferencia es enorme y aun quedaría grande si admitiésemos alguna exageración en la primera cifra. Pero ¿por qué esa diferencia? ¿acaso se paga tanto menos á los labriegos rusos por su trabajo? Ciertamente su salario en dinero es mucho menor, pero la diferencia queda compensada si se calcula su paga en productos. Las 12 $\frac{1}{2}$ pesetas por semana del obrero agrícola inglés representan la misma cantidad de trigo en Inglaterra que las 6 ó 7 pesetas por semana del labrador ruso representan en Rusia, sin decir nada de la baratura de la carne y del bajo alquiler de casa; resulta, pues, que en Rusia el trabajo se paga con la misma cantidad de productos con que se le paga en Ingla-

terra. En cuanto á la prodigiosa fertilidad del suelo, tan cacareada por los economistas, las cosechas de 13 á 24 hectólitros por hectárea se consideran cosechas buenas en Rusia, siendo así que la cosecha media llega apenas á 10 hectólitros aun en las partes del imperio que exportan cereales. Iguala, pues, el término medio de los resultados obtenidos en Inglaterra, en terreno no abonado, prescindiendo de los períodos de sequía de las estepas que hacen perder la cosecha una vez cada seis años. En cuanto á la suma de trabajo que se necesita en Rusia para producir trigo sin trilladoras, con un arado tirado por un caballo matalón, sin caminos para el transporte, etc., no exagero diciendo que cada hectólitro de trigo producido en Rusia representa el doble trabajo del que se necesita para producirlo en el Oeste de Europa. El labrador ruso vende su trigo á un precio que permite su transporte á Londres solamente porque tiene necesidad de venderlo para pagar el cobrador de contribuciones y al prestamista para que no le vendan en pública subasta su última vaca y hasta la choza, arruinándole para siempre, lo vende quitándolo de la boca de sus hijos, viviendo en los mayores apuros hasta la próxima cosecha.

Traído al mercado de Londres el trigo ruso se vende á 31 chelines mientras que resulta por la estadística que la producción en el país mismo costaría al menos 36 chelines y 8 peniques, aun vendiéndose la paja, lo que no se hace siempre; pero la diferencia de la renta sola en ambos países, sin decir nada del valor del dinero, explica la diferencia de los precios. En la zona del trigo de Rusia, en la cual, el término medio de renta es de unos 30 chelines por hectárea y la cosecha de 12 á 17 hectólitros, la renta sube de 3 $\frac{1}{2}$ á 5 $\frac{1}{2}$ chelines de los gastos de producción de cada 3 hectólitros de trigo ruso, mientras que en Inglaterra, donde la renta y las contribuciones se calculan en 100 y más chelines por cada hectárea de trigo y la cosecha en 28 hectólitros, la renta sube á 10 chelines en el coste de producción de cada 3 hectólitros. Si cuesta tanto más dinero producir trigo en Inglaterra donde la suma de trabajo es mucho menor que en Rusia, se debe esto al rápido aumento de la renta durante los últimos 30 años, pero este aumento mismo depende de la facilidad de realizar grandes ganancias con la venta en el extranjero de los géneros fabricados. Así, pues, la principal causa de la competencia rusa no es la poca fertilidad del suelo sino el curso equivocado de la vida económica.

Mucho más podría decirse de la competencia americana. De las cifras publicadas recientemente resulta que la fertilidad del suelo americano ha sido grandemente exagerada, porque la principal cantidad de trigo que América envía á Europa es el producto de un suelo cuya fertilidad natural no es mayor sino muchas veces menor que la fertilidad media del suelo europeo. La hacienda de Caselton, en Dakota, con sus 15 hectólitros por hectárea, es una excepción; la cosecha media de los principales Estados productores de trigo es solamente de 10 á 11 hectólitros. Si queremos encontrar un suelo fértil en América que dé cosechas de 25 á 30 hectólitros, hemos de ir á los viejos Estados del Este, donde el suelo está hecho por la mano del hombre, pero no lo encontraremos en los territorios que se contentan con cosechas de 8 á 9 hectólitros. Lo mismo es cierto con respecto á la carne, resultando del censo del ganado que la gran masa del mismo no se cría en las Pampas, sino en los establos de las haciendas, de la misma manera que en Europa. En las vastas praderas de los Estados Unidos se mantiene solamente la undécima parte del ganado vacuno, la quinta parte del lanar y $\frac{4}{25}$ del de cerda.

Sin entrar aquí en más detalles económicos sobre este vasto é interesantísimo asunto, añadiré solamente que las exportaciones americanas son tan poco debidas á una fertilidad superior del suelo, que la competencia de los Estados del interior y del Oeste que exportan cereales y

carnes no ha perjudicado al cultivo intenso de los Estados del Este: los labradores de éstos continúan produciendo trigo y criando ganado sin clamar por medidas proteccionistas. Las causas principales de la competencia americana consisten en una organización superior que ahorra trabajo en lo bajo de la renta y en gran escala en la especulación, pero estas dos últimas causas no obrarán por mucho tiempo más; la acumulación de la propiedad crece en América, como en otras partes, sólo con velocidad americana; en cuanto á la especulación, sabido es que las compañías ferrocarrileras transportan el trigo con pérdida para hacer subir el valor de la tierra que ellos mismos poseen á lo largo de sus líneas y, sin embargo, el coste de transporte de un hectólitro de trigo de Chicago á Liverpool sube á 1'50 ptas. Mas la especulación no es una base sólida para la agricultura, y por esto vemos que mientras crece la acumulación de la propiedad, mientras las compañías de ferrocarriles reportan elevados dividendos á sus accionistas y los banqueros hacen fortunas prestando dinero á los labradores de la zona del trigo al interés del 3 p. % mensual durante las cosechas, los labradores trabajan con pérdida y no tardarán en ser esclavos alquilados del capital; de cada cuatro haciendas de Illinois tres están hipotecadas y las pérdidas de los labradores de dicho Estado, durante los últimos cinco años, se calculan oficialmente en 50 millones de dollars.

Así, pues, el cultivo del trigo y demás cereales se hace con pérdida en los Estados-Unidos. Hé aquí el resultado limpio de las enormes exportaciones de los últimos años. Pero lo raro es que la misma queja viene de todas partes del mundo, con excepción de India, donde los naturales han de trabajar á cualquier precio si no quieren morir de hambre. En Francia, Alemania, Italia y hasta en Rusia, la agricultura no «dá.» Los propietarios y colonos ingleses, franceses, alemanes y rusos, todos gritan por protección. Y así hemos llegado á ese estado de cosas sumamente anómalo pero muy característico, bajo el cual en ninguna parte «dá» el producir alimento para las poblaciones constantemente crecientes del mundo civilizado.

Cualquiera que sea el modo de trabajar la tierra, considérese la acción del propietario y colono de Inglaterra, la pequeña propiedad de Francia, el derecho americano del primer ocupante ó el sistema ruso con el trabajo parcialmente hecho por siervos, las quejas son las mismas; una cosecha abundante es una especie de maldición, bendiciéndola solamente aquellos labradores que cultivan los cereales para su propio uso. La generalidad misma de la queja demuestra claramente que existe una causa general, á saber: que el propietario, el Estado ó el capitalista toman para sí una parte tan considerable de lo que produce el labrador, que la agricultura ya no puede progresar; el tributo es demasiado elevado y resulta aún más pesado por el tributo que exige el fabricante. Pero estas son causas sociales que no dependen de la improductividad del suelo ni del exceso de producción, y por tanto han de desaparecer. El labrador ruso no venderá siempre su trigo para vivir de alforfón y centeno; no venderá su centeno para vivir durante cuatro, seis y á veces ocho meses de una mezcla de corteza de abedul, musgo y un poco de harina; los indios no trabajarán siempre por unas pocas onzas de arroz y la especulación ferrocarrilera se consumirá muy pronto, mientras que por otro lado los obreros de las naciones manufactureras de la Europa occidental, con sus reducidos salarios y la inseguridad del trabajo, no podrán continuar pagando 10 chelines de tributo al propietario y varios chelines más al fabricante y tendro por cada tres hectólitros de trigo que consumen, al mismo tiempo las naciones manufactureras non encontrarán agricultores que les den un montón de cereales por unos pocos metros de tejidos, ni salvajes que les

traigan pedazos de oro y puñados de perlas por un espejo ó un cuchillo, y se verán obligados á cultivar el suelo ellos mismos y á organizar su vida económica de manera que la agricultura se combine con la manufactura, y de esta combinación ambos saldrán gananciosos; la agricultura intensa es posible tan sólo á las puertas de la industria; cada día y con mayor vigor el agricultor moderno reclama la ayuda de la industria, y ésta, como ahora lo estamos aprendiendo con gran dispendio, puede prosperar tan sólo cuando sus altas chimeneas se eleven en medio de los dorados campos.

La civilización moderna está borrando el antiguo antagonismo entre la ciudad y el campo; después que la orgullosa ciudad ha intentado en vano vivir sin el campo, tiene que volver á éste, reconociendo que la industria y la agricultura son dos formas de la actividad humana que se ayudan mutuamente y dependen una de otra. En cuanto al suelo, agradecido, no se negará á sostener las multitudes humanas; todo lo que pide es que se le cuide, que se le estudie y que se le trabaje, y estos requisitos se concilian con la tendencia de la industria moderna hacia la descentralización.—P. KROPOTKIN.

LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por **Víctor Drury**

XIV Y ÚLTIMO

En el capítulo anterior hemos diseñado la forma de organizar los centros de *producción, cambio y consumo*, empezando por lo más simple y extendiéndose gradualmente hasta llegar á las operaciones más complejas.

También hemos dicho que era posible tropezar con numerosas dificultades en el curso de esta obra, consignando á la vez la esperanza de examinarlas de una manera desapasionada é inteligente, á fin de descubrir su origen y sus causas, esto es, que analizando y clasificando esas dificultades, adquiriremos un conocimiento claro de ellas y así podremos vencerlas con certeza completa.

Si esas dificultades nos son inherentes ó creadas por nosotros mismos, es preciso reconocer en ello la causa indicada para corregirlas y eliminarlas. Si, por el contrario, las han puesto otros en nuestro camino, ya por ignorancia, ya por maldad, nuestra obra y nuestro deber será precisamente el mismo; vencerlas, ilustrando á los que las fomentan.

El plan y método de organización que hemos diseñado rápidamente, parecerá impracticable á los que no hayan fijado la atención en cuanto dejamos dicho en todo el curso de este trabajo. Pero á muchos de nosotros parecerá seguramente de facilísima ejecución.

Tal vez se objete que no hay trabajo para dar empleo á la actividad de nuestros centros productores. A esto replicaríamos que si nosotros tuviéramos solamente que ejecutar esos trabajos como la nación los necesita para su ejército, su marina, sus caminos, canales, correos, escuelas, etc., etc., proporcionaría bastante trabajo á los obreros para que pudieran dar comienzo á sus operaciones.

Cuando digo que el gobierno *podría* ayudar tal empresa, dictando una ley para proceder á una serie de ensayos industriales, lo digo como aviso únicamente.

¿No ha decretado el gobierno la concesión de 120 millones de shillings á

la compañía del ferro-carril de Texas al Pacífico? ¿No lo ha hecho en interés de unos cuantos especuladores? Sí; en provecho del *comercio* y de la burguesía, pero no en el de la *industria* y los trabajadores.

La prensa del país ha sido muy esquiva y se ha callado en general ante esta concesión de 40.000 schillings por milla de vía férrea que, como la línea en cuestión tiene 3,000 millas de longitud, asciende á los 120 millones mencionados y que nuestros legisladores han regalado á los monopolizadores. Pero si el gobierno hiciera una concesión de 1,000 millones de shillings á los trabajadores para que adquirieran talleres y primeras materias—que servirían de garantía al gobierno por el dinero adelantado—la prensa capitalista rugiría de indignación desde un extremo al otro de la tierra.

Thurman ha dicho en el Senado de los Estados-Unidos: «Dos grandes compañías de ferro-carriles deben al Estado 64 millones de shillings por el capital de obligaciones prestadas, y como no pueden dejar de pagar los intereses, según una decisión del Tribunal Supremo, hasta que el capital adeudado sea impuesto en las arcas del Tesoro, el total de la deuda ascenderá pronto á 181 millones,» suma que cree el orador no pagarán nunca las empresas. Ha dicho también Thurman, que las economías netas que en la actualidad tiene la *Union Pacific* ascienden á 6.143,365 shillings y el *Central Pacific* á 8.0051,498.

Durante la guerra el gobierno daría el abastecimiento del ejército á los contratistas, pero no á los *obreros*; aquellos harían grandes fortunas y se constituirían en la *aristocracia del bacalao*, perpetuando así la burguesía y estableciendo una plutocracia en una república *política*. Mas no daría ocupación á los obreros á fin de hacer trabajadores libres é independientes en una república ú organización *industrial*.

El Congreso concede 120 millones de shillings á una simple corporación, sin pedir el consentimiento del pueblo, para el comercio y la especulación, y esta cantidad representa una cuota de cinco duros por cabeza sobre toda la población. En cuanto á nosotros, la cuestión se reduce á saber si podemos educar al pueblo para que *reclame* del gobierno la libertad de fijarse á sí mismo una cuota de diez reales por individuo en interés y progreso de la industria.

Lo que se consigue en la nación puede obtenerse igualmente en el Estado (Cantón) y en el municipio.

Lo mismo ocurre con la construcción de edificios-escuelas, albañales, puentes y toda clase de mejoras que se convierten en *negocios políticos* para alimentar y dar vida á los bandoleros de la cosa pública. Los trabajos públicos se dan á los contratistas, verdaderos instrumentos de la política, pero nunca á los trabajadores asociados.

No obstante, hay aún más que suficientes obras públicas por realizar, y cuya empresa obtendría un magnífico resultado desde el principio (1).

Pero no se crea que yo deseo obtener la ayuda ó los favores del gobierno.

(1) Este trabajo data del año 1869. Desde entonces han ocurrido muchos sucesos que pueden ilustrar la verdad de lo que dejo dicho, principalmente el siguiente: cuando el contrato de los edificios públicos de Philadelphia fué concedido á los empresarios en 1872-73, el importe de las obras ascendía próximamente á cinco millones de pesetas. Los contratistas no tenían el capital necesario. El Consejo municipal, por tanto, votó en su favor 17,000 pts. mensuales de los fondos públicos. Esta cantidad sirvió para que pudieran emprender sus negocios.

Mi memoria es infiel á las fechas, pero no á los hechos. Los documentos públicos de aquella época comprobarán mis afirmaciones.

Yo creo que si alguna ayuda pudiera prestar el gobierno á los trabajadores mejor sería un descuento que un socorro. Digo simplemente lo que pudiera hacerse, no lo que deseo que se haga.

Yo espero ver al pueblo hacerlo por sí mismo, y hacerlo á pesar del gobierno; entonces será capaz de apreciar esa guarida de putrefacción, esa aglomeración de imbecilidad que se llama *gobierno*.

Preveo ingenuamente que hay un principio envuelto en la organización de la industria que descansa en bases semejantes á las descritas por nosotros, y que no se adaptará al gusto de gran parte del pueblo, y entre él se encuentran muchos de nuestros mismos compañeros que se creen ser el pueblo más honrado del mundo. Es ese principio de rigurosa justicia que inspira, penetra y dirige todas las acciones; es el establecimiento de esa equidad real que impedirá que nadie especule con el trabajo y las necesidades de otros y acumule una fortuna que no debe á sus propios méritos personales.

Hay muchos que aspiran á las riquezas, á la gloria y al esplendor, y quienes se jactan de ser republicanos porque la realeza y la aristocracia no les deja campo alguno á sus ambiciones. Tales sujetos son los Vanderbilts, los Oakes, los Ames, los Astors, los Belknaps, los Babcocks, los Robersons, de infame memoria, los perversos, los inicuos envenenadores de aguardientes, los estafadores condecorados, etc., etc. Pero cuando vean que ya no hay sitio para algunas clases en la nación, ni clases adineradas, ni clases de *sangre azul*, ni gobiernos de clases, sino que hay una sola clase de trabajadores, que cada uno tiene que trabajar para sí; que todo el que disfrute de ciertas comodidades y riquezas, en lugar de obtenerlas especulando con el trabajo de los demás, sólo podrá adquirirlas por un aumento de trabajo, ilustración y habilidad propia; temo que muchos de nosotros — fiel progenie de un estado social soberbio, despótico y egoísta — seamos incapaces de elevarnos á la altura de la justicia y al respeto de nuestros semejantes, que implica necesariamente é inauguraré un estado social como el que hemos diseñado.

Pero, después de todo, tales dificultades no son motivo para que dejemos de trabajar por una nueva organización de la industria.

Porque haya egoístas cortos de vista, displicentes y cobardes, no es razón para que nos dejemos dominar por el desaliento.

Yo digo simplemente que debemos dirigir nuestra atención toda al objeto que nos proponemos; redoblar nuestras energías y precauciones y contenernos en la firme convicción de que ningún método de organización de las fuerzas económicas del mundo eliminará la pobreza y los crímenes que de ella proceden si no se inculca antes una más grande moralidad.

Entre los ricos y los burgueses hay algunos de los que, sin duda, han hecho sus fortunas mediante el trabajo de otros — porque mientras hayan trabajado por sí mismos no habrán salido nunca de pobres — que reconocerán la justicia de la organización propuesta, y aunque pudieran ser opuestos á ella, porque está en contradicción con sus intereses del momento, apreciarán y avalorarán la justicia pública sobre sus intereses privados y contribuirán á la organización de un estado social, que si los destruye como *burgueses insolidarios*, los regenera como *trabajadores solidarios*.

Pero al mismo tiempo es preciso no olvidar que esta cuestión industrial nos crea un número de enemigos mucho mayor que todas las cuestiones de naturaleza política que puedan presentarse, porque aunque hallemos excepciones á la regla general, la burguesía, como clase, todavía es avara y cruel.

Se les puede condenar á la ignorancia, restringir sus libertades políticas, arrancarles tributos exorbitantes, fomentar la guerra y conducir á sus hijos á ella para que sean asesinados; pero esto en tanto cuanto se les deje la perspectiva de hacerse ricos inesperadamente por el tráfico de los mercados, por el monopolio del dinero, por las etapas del crédito mobiliario, por el comercio de bebidas, granos y ganados, por la ladronera de las condecoraciones ó por otros medios. Así continuarán perfectamente contentos. Pero desde el momento en que se les turbe en la «investidura de sus derechos,» en su egoísmo ó en sus intereses—que ellos miran como legítimos y honradamente adquiridos—veréis levantarse tremenda su oposición, su antagonismo, su rencor y su maldad.

Las dificultades acumuladas en nuestro camino por esa parte del pueblo, deben ser vencidas ilustrándola acerca de nuestros propósitos y deseos. Para ello tendremos que convencer á esas gentes de que nuestros deseos no son los de arrebatárles las riquezas que poseen, sino aumentar la producción total del mundo por medio de un empleo más inteligente de las fuerzas sociales, de modo que ellos también necesariamente obtendrán una parte del aumento verificado en la riqueza creada; que mientras la tendencia del movimiento comercial de nuestros días es hacer «al rico más rico y al pobre más pobre,» la tendencia de la organización industrial del porvenir será hacer más ricos al rico y al pobre á la vez. Tendremos que probar, repito, que nuestro intento de hacer más rico al rico no es una vana palabra.

A fin de convencer á los demás de la posibilidad de este pretendido imposible, habremos de contar con una demostración completa que haga aceptable el tercer axioma consignado en el capítulo I, esto es, «que la capacidad productiva de la sociedad es superior á su capacidad consumidora.»

Esta demostración quedará completa en su tiempo y lugar después que hayamos tratado la cuestión de las máquinas y de las fuerzas naturales. Nosotros diremos á este propósito que la fuerza del trabajo que se malgasta en la pereza y por otras causas perfectamente evitables, puede estimarse con toda seguridad en un 15 ó 20 por 100 del total de las fuerzas productoras del mundo. Muchos la han calculado en un 40 por 100. Entre estas dos apreciaciones es difícil elegir con precisión. Mencionarlo sencillamente, basta para formarse una idea de su importancia.

Si las dificultades que hallemos en nuestro camino son inherentes á nosotros mismos, es decir, si forman parte de nuestra propia naturaleza, será necesario del mismo modo sobreponerse á ellas.

El medio social en que hemos crecido, nos hemos educado y hemos vivido, se funda en el principio del individualismo, y por consecuencia nos ha hecho á todos más ó menos interesados y *egoistas*. Pero con miras ó propósitos más ilustrados de *altruismo* llegaremos á la concepción completa de la solidaridad, con ayuda de la que percibiremos intelectualmente, comprenderemos que los intereses y responsabilidades de los demás son totalmente idénticos á nuestras responsabilidades é intereses, tanto que estudiaremos con placer el medio de dar expresión práctica con nuestras acciones á nuestras convicciones y conceptos intelectuales, haciendo á la idea del deber soberana de la idea del derecho.

Esta será una obra de instrucción propia, de disciplina mental y de enseñanza mutua, la cual, desarrollándose en nosotros, llegará á constituir un placer intelectual para todos y se verificará juntamente con el ejercicio y desenvolvimiento de los sentimientos morales.

Tal será, como materia de estudio, el resultado de un trabajo de educación que es necesario establecer entre nosotros y por nosotros mismos, porque como se recordará, *sin la educación por fundamento ninguna organización social inteligente es posible.*

La tercera clase de dificultades que hemos mencionado son las creadas por nosotros mismos. Bajo este concepto podrían incluirse los contratiempos, faltas y desengaños que experimentamos por las imprevisiones, tonterías y ambiciones de nuestros mismos compañeros, de esos que no tienen más que orgullo y vanidad, que necesitan dominar, que desean ver sus nombres en la prensa figurando como presidentes, secretarios, tesoreros, directores, curadores, etc. En una palabra, todos los que son ambiciosos y quieren constituirse en *leaders*, tanto que si no pueden dominar demolerán cuanto á su paso se ponga. Estos hombres, en nuestras reuniones semanales y mensuales y en las elecciones de cargos, promueven discusiones, cuestiones de orden y apelan á las costumbres parlamentarias, á los ejemplos de congresos y otras estupideces que los cuerpos legislativos han formulado como reglas de conducta, y acaban por dividir á la gran masa de nuestros compañeros en defensores de diferentes ideas y en bandos contrarios, en grupos, corrillos y fracciones. Y cuando tales individuos han dividido á la sociedad en corrillos, fracciones y grupos, entonces es cuando se consideran capaces de «cumplir sus fines,» como ellos mismos dicen. La organización sufre y las esperanzas de los trabajadores por salir de la miseria se agotan, como se habían agotado antes durante miles de años por idénticas causas.

No se crea que hablo á tontas y á locas ó sin motivo. Los ignorantes y los astutos son los que únicamente aspiran á constituirse en *leaders*. Yo apelo, en comprobación de lo dicho, á la experiencia de los trabajadores honrados que han hallado un alivio en la organización, y digo que si tenemos que combatir por una parte á los monopolizadores y burgueses, los Belkaps, Babcocks, Dorseys, y los embaucadores políticos, por otra hemos de luchar contra los astutos y los embaucadores que viven entre nosotros mismos. Y sostengo que nuestros enemigos de un lado son tan poderosos para el mal como los del otro bando.

Por tanto son necesarias toda clase de precauciones, y si somos bastante débiles para ocultar las faltas, delitos y crueldades de nuestros destructores, nos haremos cómplices de esos hechos y cometeremos un acto de propia destrucción, de suicidio.

Repito que me falta tiempo para especificar aquí las diferencias que hay entre las dos ideas opuestas: selección y elección.

La selección presupone la excogitación de los más aptos para desempeñar estas ó las otras funciones: la colocación de ellos en tales puestos.

La elección implica la obtención de semejantes cargos no siempre por los más aptos,—frecuentemente por los que á ello aspiran, por lo menos escrupulosos,—y éstos se colocan á sí mismos en los mejores empleos.

En el principio de la selección, como opuesto á la elección, se halla una gran diferencia, tanto en los procedimientos como en los resultados.

El método actual de la elección es el germen de todo lo que ha resultado en la corrupción política, que casi ha destruído las instituciones republicanas de los Estados-Unidos, y que, si continúa, subvertirá totalmente la libertad y la moralidad públicas. Esto es lo que los enemigos de la libertad popular llaman «el error de las democracias.»

Esta es una cuestión de la mayor sencillez y al mismo tiempo de la más grande importancia.

Los servicios públicos deben reducirse á un *deber* que cumplir, no á una *recompensa* que obtener. La prevaricación en los servicios públicos debe ser tratada como un crimen capital contra la humanidad, penable, sin posibilidad de conmutar la pena, por la muerte y sólo por la muerte (1).

Confiemos en que cuando hallemos hombres inteligentes, aptos y honrados que desempeñen sus funciones, digna y fielmente, no seremos tan estúpidos que cambiemos nuestros funcionarios á cada elección, y que al mismo tiempo trabajaremos para simplificar de tal modo esas funciones que cada uno de nuestros miembros sociales sea capaz de cumplir los deberes á su cargo anexos para que á su turno pueda desempeñar cualquier función.

He presentado ahora un diseño harto pobre de las bases de la política del movimiento obrero. Me ocuparé de cada asunto,—Tierra, Trabajo, Cambio, Capital y Seguridad,—en un ensayo separado, y entonces entraré de lleno en toda clase de detalles. Antes de proceder á ocuparse de los detalles era conveniente dar un diseño de la filosofía del movimiento obrero. Se recordará que he comenzado este trabajo con el propósito de presentar el movimiento obrero en su triple aspecto: político, filosófico y religioso.—Por la traducción, R. M.

FEDERACIÓN DE RESISTENCIA AL CAPITAL

EN los días 18, 19 y 20 de Mayo último se celebró el Congreso amplio de Sociedades de Resistencia, convocado por la Comisión Federal de la Federación de Trabajadores de la Región Española, en cumplimiento de un acuerdo del Congreso que esta Federación celebró en Madrid en Mayo de 1887.

El Congreso amplio, compuesto de un regular número de delegados de importantes colectividades obreras, como podrá verse por los extractos que publica la prensa socialista, ha entrado de lleno en la nueva vía señalada por la experiencia y la razón, que consiste en aprovechar las fuerzas que todos podemos agrupar para el sostenimiento de un pensamiento común, y en dejar libre lo que por ser de carácter limitado ha de tener siempre manifestaciones heterogéneas y discordantes.

Los acuerdos del mismo Congreso constituyen su propia defensa á la par que brillante exposición de su pensamiento, por lo que, consignando nuestra adhesión al mismo, nos limitamos á reproducirlos.

I

El desarrollo del socialismo moderno ha venido á establecer de una manera evidente que en la actual manera de poseer, de producir y de distribuir la producción se comete una iniquidad.

Los tres actos eminentemente sociales, posesión, producción y distribución, no sólo se efectúan fuera de las más elementales nociones de la economía y de la justicia, sino que la injusticia y la defraudación sistemática, generadoras del privilegio dominante, se han rodeado de tales garantías de seguridad, que han levantado un fuerte obstáculo á la marcha del progreso, imposible de superar por la tranquila evolución progresiva.

Después de tantos siglos de luchas en que la humanidad se ha agitado buscando un punto de reposo, hemos alcanzado una situación que parece como la constitución definitiva de la sociedad humana: las naciones hallanse regidas generalmente por principios democráticos y tienen garantida su independen-

(1) Dejamos al autor la responsabilidad de estas gravísimas palabras, que no podemos traducir sin protesta. La pena de muerte es una aberración condenada por la humanidad y por la razón, y su defensa hecha por un socialista es un error funesto, por no decir una locura suicida.—N. del T.

cia por su propia fuerza y por tratados de recíproca fraternidad; los mares y los continentes hallanse cruzados por líneas de vapores y ferro-carriles que facilitan de un modo asombroso el transporte de mercancías á todos los mercados del mundo á la par que la relación y confraternidad entre todas las razas; las ciencias producen cada día los más sorprendentes descubrimientos, difundiendo con rapidez eléctrica por los inmensos dominios de la civilización, donde inmediatamente alcanzan la correspondiente aplicación práctica; las más atrevidas concepciones del pensamiento se convierten rápidamente en obras admirables, como ruptura de istmos, túneles submarinos, perforación de montañas y soberbios monumentos; las artes han sorprendido el secreto de la belleza natural y los más íntimos misterios de la existencia del sentimiento, produciendo como resultado de la armonía objetiva y subjetiva, las más sorprendentes maravillas artísticas... y sin embargo, el trabajador permanece sujeto á la cadena del salario.

Tanta riqueza y tantos medios de desarrollo vinculados en las clases privilegiadas frente á la escasez y raquitismo á que se condena á los desheredados, hacen que la civilización actual tenga señalado un término, que se cumplirá el día que los trabajadores se entiendan para establecer una acción común y la dirijan para combatir esta sociedad y fundar otra basada en la justicia.

Esto es evidentísimo, y lo saben ya, lo mismo los trabajadores agrícolas de las más apartadas aldeas, que los industriales de las populosas ciudades. Todos lamentan que esa acción común no se haya establecido, y por ello, los unos, poseídos de letal fatalismo, desconfían de que pueda establecerse, y se entregan á la indiferencia, en tanto que los otros, dominados por irreflexivo entusiasmo, se lanzan á intransigentes exclusivismos.

Llegados á este caso, únicamente la razón y la voluntad, pueden darnos la clave y los medios para resolver el problema.

Es un hecho positivo é innegable que el mal que pesa sobre los trabajadores no puede ni debe continuar, y todos estamos interesados en que cese; es un hecho no menos positivo é innegable que las soluciones prácticas de la sociología no se plantean nunca por el exclusivo conducto de una escuela filosófica sino por el concurso y la sanción de las generaciones. En la historia de las ciencias se halla siempre el mismo procedimiento: ante cualquier problema científico surgen primero multitud de hipótesis; los hombres estudiosos hácese partidarios apasionados é intransigentes de una de ellas; la crítica y la pasión entablan lucha tenaz, hasta que la solución perfecta y verdadera destella los rayos de luz de la evidencia, y cesan los antagonismos, aplácense las pasiones y todos unánimemente proclaman la verdad. La sociología, ciencia esencialmente revolucionaria en lo presente y consolidadora en lo porvenir, no puede exceptuarse de esta ley: cada una de las diferentes escuelas que dividen el socialismo, cual más cual menos, participan de la intransigencia, y por consiguiente, domina el antagonismo donde sólo debiera existir el perfecto acuerdo.

Queremos, pues, la unión de los trabajadores, pero sin ningún género de abdicaciones; antes al contrario, deseamos que la fuerza del pensamiento individual que ha dado origen á la creación de las actuales divisiones socialistas, siga poderosa y enérgica hasta convertir á cada individuo, no en sectario, sino en creador de una nueva idea, porque sólo por esta gran potencia intelectual puede acelerarse la adquisición de la verdad que todos anhelamos. Como consecuencia natural, deseamos que por todos sea reconocida la libertad del pensamiento, para que resulte bien demostrado que los que aspiran á la libertad se despojan de todo autoritarismo y respetan en sus compañeros esa misma libertad que para sí propios reivindican.

La base de nuestra unión ha de ser el pacto, y su garantía de éxito se hallará en la voluntad que empleemos para su cumplimiento.

La eficacia del pacto estriba en que por él se liga un número indeterminado de individuos ó colectividades, dedicándole una parte de su propio modo de ser y dejando libre el resto. Por ejemplo: dos ó más individuos pactan para emprender una obra; á ello dedican la actividad de que los pactantes disponen, quedan libres para contraer otro género de pactos, para dedicarse á las atenciones propias de la subsistencia, para emprender los estudios á que le inclinen sus aficiones, ó aun para entregarse á la inactividad y al descanso.

El pacto ha de proponerse un objeto racional y práctico, y además, para el

objeto de conseguir la unión obrera, ha de establecerse sobre un principio común á todas las escuelas socialistas.

La resistencia se halla en este caso : mejor dicho, la resistencia se impone.

La resistencia es un arma revolucionaria que tiene siempre á mano el trabajador y que responde perfectamente á la impremeditación que por falta de superior educación distingue al obrero. Es además la resistencia el único recurso que le queda para poner á salvo su dignidad cuando el burgués le ofende con la injuria ó con exageradas exigencias. Pero, entiéndase bien, hablamos de la resistencia espontánea y natural, no de la que presupone una organización universal, paciente y calculada para alcanzar unos céntimos más de jornal ó una hora menos de trabajo, porque ese género de resistencia, muy bello para consignado en unos estatutos de organización, por el hecho de presuponer una paciencia que no pueden tener nunca los oprimidos y un capital que no podrá reunirse con las miserables cuotas de los explotados, ni ha podido ni podrá practicarse nunca. Esa clase de resistencia es tan ineficaz é impracticable como la cooperación, y es lógico que lo sea, porque esperar á reunir capital para luchar contra la burguesía, cuando se halla demostrado que la riqueza social está monopolizada por la burguesía sin que quede nada para los trabajadores, es tan absurdo como la pretendida creación bíblica.

No hay escuela socialista que no acepte la resistencia, sea fundada en una organización reglamentada, sea como manifestación espontánea del espíritu de protesta de los trabajadores, y la historia del moderno socialismo enseña que las huelgas no han podido sujetarse nunca al patrón á que quisieron imponerles los reglamentadores, ni tampoco á las condiciones de prudencia que quisieran ciertos oportunistas, porque la dignidad humana, cuando se siente atropellada, estalla siempre en un arranque espontáneo, saltando por encima de conveniencias que, por atendibles que sean, carecen de fuerza para someter al hombre á la indignidad.

Puede asegurarse que no ha habido una huelga reglamentaria en las diferentes federaciones obreras de resistencia; del mismo modo que no ha habido huelga alguna chica ni grande que no haya tenido las simpatías de los trabajadores.

Esto nos lleva al reconocimiento de la existencia de una fuerza que, aplicada á la obra revolucionaria, puede ser muy aprovechable y tal vez de resultados muy eficaces, si sabemos imitar al físico que, en cuanto descubre una fuerza natural, trata de emplearla en beneficio de la producción y de la satisfacción de las necesidades de la vida.

Para favorecer esa fuerza necesitase de la solidaridad, pero de una solidaridad espontánea é impremeditada, no de aquella calculada y fría que sólo da un dividendo en virtud de una orden emanada de la comisión correspondiente, como si dijésemos de una autoridad jerárquica.

Donde quiera que un oficio tenga exceso de trabajo, ó malas condiciones, ó el taller ó la fábrica, regentados por un déspota, ó donde se haya ofendido á un obrero, puede iniciarse una chispa revolucionaria que, convenientemente alimentada por la solidaridad, podría alcanzar grandes y trascendentales proporciones.

Para lograr esto se necesita que cada trabajador se halle agrupado á la sociedad de su oficio, que cada sociedad forme parte de la federación de resistencia ó de oposición al capital, que esta federación apoye toda huelga que surja en el territorio de la federación ó fuera de él, que los federados se comprometan á no ocupar plaza alguna de huelguista, que se reúnan, metodicen y publiquen por las comisiones todos cuantos datos estadísticos puedan recogerse concernientes al capital, á la producción, al salario, horas de trabajo, distribución, consumo, comercio, etc., etc.

Para perseverar en este plan y darle carácter internacional á la vez que se entra de lleno en el período de lucha contra la burguesía, es necesario adherirse al movimiento de la jornada de ocho horas de trabajo, con lo cual se colocará el proletariado español en el terreno de la solidaridad internacional y empiezan las hostilidades contra la burguesía española.

La jornada de ocho horas es el grito de guerra de todos los trabajadores del mundo civilizado; ha tenido ya en armas grandes masas de trabajadores en Bélgica, Francia y los Estados-Unidos y gloriosos mártires en Chicago; todas las organizaciones obreras de Europa y América van á la conquista de las ocho

horas; los trabajadores españoles no pueden permanecer inactivos ante ese movimiento internacional, y si á él no vienen los primeros, en cambio reivindican para sí la honra de tener la prioridad en constituir una federación de oposición al capital compuesta de individuos y entidades de todas las escuelas socialistas, donde se verifica el hecho de que se da para la unión la parte de actividad y de ideas en que todos se hallan conformes, y se reserva cada cual para sus ideales particulares la parte privativa que á los mismos corresponde.

La federación española de resistencia al capital es, pues, el ejército de la libertad en cuanto á su formación, y de igualdad en cuanto á su objetivo.

II

FEDERACIÓN DE RESISTENCIA AL CAPITAL

Pacto de unión y solidaridad

La Federación reconoce á todos los individuos, sociedades y federaciones pactantes su perfecta autonomía; nada tiene que ver con las ideas individuales ni con las constituciones y objetivos propios de cada entidad.

La concordancia del modo de ser y pensar de los pactantes con el objeto del presente pacto es de la competencia exclusiva de los mismos.

La Federación se propone reunir en una acción común la fuerza resistente del proletariado español para dirigirla contra el capitalismo imperante, valiéndose al objeto de los siguientes medios:

Apoyo incondicional á toda huelga promovida por los trabajadores para poner á salvo su dignidad ultrajada ó para mejorar sus condiciones de trabajo.

Todo federado se compromete á no ocupar ninguna plaza de huelguista, aunque se le ofrezcan condiciones iguales ó superiores que las reclamadas por los compañeros en huelga.

La sección federada que juzgue hallarse en condiciones favorables para lanzarse á la lucha debe hacerlo inmediatamente, participándolo al mismo tiempo á la Federación para conocimiento de todos los federados; pero procurando por todos los medios que estén á su alcance que éstas sean lo más generales posible, ya que la práctica ha enseñado á las secciones de resistencia que lo que hace vencer las huelgas es mucho movimiento y no el dinero, porque primero se agotan las cajas del obrero que las del capital.

Todo federado falto de trabajo, ó que por consecuencia del cumplimiento de sus deberes sociales hubiese de cambiar de residencia, tiene derecho, mediante la exhibición del documento que le acredite como á tal, á la protección individual y colectiva de todos los federados.

Del mismo derecho disfrutarán, aunque no sean federados, todos los trabajadores que se hallen en las condiciones mencionadas en la cláusula anterior á consecuencia de haber tomado parte en una huelga.

La Federación reunida en Congreso nombra una Comisión representativa, compuesta de cinco federados residentes en una misma localidad, encargada de dar curso á las comunicaciones que le transmitan las secciones federadas, de facilitar los datos que las mismas le pidan, de coleccionar los datos estadísticos que se le remitan y de mantener relaciones con las federaciones de otros países.

Para los gastos de correspondencia y administración los federados pagarán á la Comisión representativa la cuota que fije el Congreso, de cuyo empleo dará cuenta detallada por los medios que el Congreso determine.

El Congreso de la Federación se reunirá en la fecha que señale el Congreso anterior ó cuando lo pida el número de secciones é individuos que se fije por acuerdo del Congreso.

El presente pacto es revisable y modificable siempre por los medios que la Federación reunida en Congreso determine.

Este pacto compromete á los individuos y á las secciones respecto de la Federación y á la Federación respecto de las secciones é individuos con las formalidades y garantías que los hombres de honor y de conciencia prestan siempre al pacto libre y espontáneamente contratado.

Local del Congreso 20 Mayo 1888.

Acordóse que la Comisión representativa residirá en Alcoy y la compondrán el delegado en este Congreso de dicha localidad y cuatro compañeros más que nombren las sociedades obreras de Alcoy reunidas; que la cuota sea

de tres céntimos por federado y por mes; que el próximo Congreso se celebre en Valencia en el mes de Julio del 89, y que para convocar Congreso extraordinario ha de acordarse por mayoría de secciones federadas, pudiendo partir la iniciativa de una sola.

Proposiciones generales:

1.^a El Congreso reconoce la necesidad de promover el movimiento de la jornada de ocho horas, y por lo tanto, la Federación que se forme debe trabajar preferentemente en este sentido.

3.^a El Congreso reconoce la conveniencia de estudiar la celebración de un Congreso amplio universal.

4.^a Se hará un cuño para la Comisión Representativa, que diga: «Federación de Resistencia al Capital. — Pacto de Unión y Solidaridad. — Comisión Representativa.»

5.^a El Congreso protesta contra la salvaje matanza de los obreros de las minas de Río-Tinto, é invita á todos los trabajadores á que cooperen á la suscripción abierta al efecto en *El Productor*.

6.^a El Congreso declara beneméritos de la humanidad á los desgraciados compañeros que han perdido la vida en las obras de la Exposición Universal.

En los actuales momentos, cuando la burguesía cubre de ramaje y percalina aquellos edificios y se entrega á los placeres y la orgía, invocando hipócritamente las glorias del trabajo, los trabajadores debemos ensalzar á los que han caído gloriosamente en la lucha víctimas de la explotación.

Finalizó el Congreso aprobando por unanimidad una comunicación que un delegado había redactado al efecto por encargo del Congreso dirigida á la Comisión ejecutiva del Congreso Obrero Nacional, comunicación que acordó remitirse junto con los acuerdos.

Dirección para la correspondencia: Francisco Segura, Tap, 18, Alcoy.

MISCELÁNEA

NUESTRO estimado colega *La Révolte* contesta lo siguiente al suelto que en nuestro último número le dedicábamos.

«Nuestros amigos de ACRACIA pueden estar persuadidos que no hay en nuestra frase rencor, insinuación ni vil rivalidad de mercader. Nuestra causa es demasiado grande, la vida demasiado seria, para que nos dejemos arrastrar por tales pasiones y pensemos en semejantes intereses. Si alguna vez se presenta la ocasión de que tratemos una cuestión grave desde otro punto de vista, nuestros compañeros pueden estar seguros de que lo haremos con toda cordialidad, y, como ellos, sin otra preocupación que la de la verdad pura. Por otra parte hubieron debido ver la prueba de ello en nuestro apresuramiento á citarlos y dar su dirección.»

Aceptamos con satisfacción plena la manifestación de nuestros amigos de *La Révolte*, y nos ofrecemos, en bien de la Revolución, á cooperar con ellos en la medida de nuestras fuerzas á cuanto sea conducente al más inmediato y al más perfecto planteamiento de la sociedad ultrarevolucionaria.

La burguesía española ha realizado su Exposición Universal.

Las ciencias, las artes, la industria y la agricultura, agrupadas más ó menos metódicamente en magníficos palacios, dan asombrosa idea del poder creador, del saber y del trabajo de los hombres.

El visitante que carece de criterio revolucionario queda deslumbrado ante tanta magnificencia; el observador que tiene convicciones arraigadas acerca de los derechos del hombre y de los deberes de la sociedad, recibe una impresión dolorosa, porque allí, como en toda manifestación burguesa, sólo se ve al capitalista explotador, no al productor que ha librado terribles batallas con la materia y la naturaleza. Allí se exhibe el burgués y recoge diplomas, medallas y fama universal, en tanto que el trabajador que vendió su inteligencia y su poder creador por un miserable salario queda condenado al olvido.

ACRACIA rinde homenaje de admiración al saber humano, pero protesta de la iniquidad que, trastornando las exigencias de la justicia, exalta á los zánganos de la colmena social y reduce á la miseria á las productoras abejas.

LA ACADEMIA — Establecimiento Tipográfico-Editorial; Ronda de la Universidad, 6 — BARCELONA

ÍNDICE

— Nuestros propósitos	1
Regeneración y Acracia	2
El Socialismo en el Parlamento francés	5
La Cuestión social ante la Ciencia	9, 17, 25, 33
Sobre lo que Acracia significa	10, 36
El Individuo contra el Estado, Spencer y <i>La Revue Socialiste</i>	12, 19, 28, 34
Spoliarium, cuadro del artista Luna Novicio	15
Acratismo... ..	18
Sobre Arte	21, 30, 47
Movimiento social... ..	24
Sociedad ácrata... ..	27
Movimiento social... ..	32
La pena de muerte	41
No hay dogma económico	45
La Dinamita... ..	49
Los Caballeros del Trabajo... ..	51
Movimiento social	56
Refutación de un Sofisma	57
El Partido Obrero	61
Colectivismo y Comunismo	64
Movimiento social	72
La Guerra y la Civilización	73
Excursiones literarias	78, 110, 123
Fuerza y Ciencia	82
Correspondencia (de Reus)	83
Movimiento social... ..	88
El Capital	89, 121
Una Preocupación, pretendida gandulería de los obreros no cata-	
lanes	91, 114, 128
A los Tesalonicenses... ..	94
Comunicación importante... ..	96
A ACRACIA	99
Medio siglo de Parlamentarismo	105
La Jornada de ocho horas	108
Virtud y Deber	115
Libertad y Autoridad	131
Movimiento social... ..	135
El camino del Progreso	137
Una Rectificación	140
Necesidad de reformar la Historia	142
Pacto y Ley	145
La cuestión social, considerada política y filosóficamente	146, 177, 193
227, 333, 371, 397, 434, 496, 525, 554, 591, 615	
Movimiento social... ..	152

A nuestros lectores	153
La Clase media	154
Acratismo societario... ..	155, 170, 201, 217, 250
El Déficit del Trabajador	159
Juan Felipe Becker	168
Discusión Algébrico-social... ..	169
Los monumentos y la clase media de Barcelona	173
La Demagogia burguesa	184
La Reforma del Código penal	185
Desequilibrio Económico-social	188
Caridad y Solidaridad	191
Movimiento social... ..	199
El Mandato imperativo	207
Pesimismo y Optimismo	211
Cifras	213
Más sobre el Mandato imperativo	223
Movimiento social	232
La Reacción en la Revolución	233, 322, 391, 475, 546
El Capitalismo en la Agricultura... ..	236
Preocupaciones y Problemas (bosquejos para un libro)... ..	238, 255
Justicia y Economía	243
La República modelo	247
A nuestros lectores	249
La Competencia	261
Un recuerdo revolucionario	264
Una apreciación legal del Socialismo	270
La Sífilis	274
Las Mentiras Convencionales de nuestra Civilización	
Prefacio	281
Mane, Thecel, Phares	281
La Mentira Religiosa	313
La Mentira Monárquica y Aristocrática	342
La Mentira Política	409, 473
La Mentira Económica	506
La Mentira Matrimonial	537
El Periodismo	567
El Duelo	571
La Mentira dominante	572
Harmonía final	572
A propósito de Organización... ..	287
Sensación y Movimiento	292
Revista política-internacional	295
Cifras elocuentes	297
Individuo y Colectividad... ..	298
Cómo vivimos y como podríamos vivir... ..	301, 338
Movimiento social	311
Cosas de España	325
Revista política internacional	329
Ciencia burguesa y Ciencia obrera... ..	354
Comunistas y Colectivistas	359
Las Mujeres inventoras... ..	364
El Proletariado militante... ..	356
Degradación	369
Circular núm. 57 de la Comisión Federal	374
Movimiento social... ..	376
Spies, Parsons, Fischer, Engel, Lingg, Schwab, Fielden, Neebe	377

Bases científicas de la Anarquía	378, 412
La crisis política en Francia	395
De la República sanguinaria	399
La prensa socialista de Dinamarca	402
La situación de España	408
La Liquidación social	426
Política palpitante... ..	428
Estado actual de las energías cerebrales en el mundo civilizado	431
¡Por la Anarquía! Recuerdo á las víctimas sacrificadas en Chicago	441
Economía política y Economía acrática	482, 518, 551
Los Productos de la Tierra.. ..	484
La Familia	495
18 de Marzo de 1871	505
Los Productos de la Industria	512
La Miseria.—A la burguesía	520
Los pobres de Dios	524
La Muerte... ..	552
La Justicia en el Evangelio	553
Los Vedas... ..	558, 596
El hundimiento de nuestro sistema industrial	575
Principio del futuro reinado de la abundancia... ..	601
Federación de resistencia al capital	620
Velada socialista artístico-literaria en conmemoración del XV aniversario de la <i>Commune</i> de París.—Suplemento al núm. 5 Mayo de 1886.	

Bibliografías

Germinal	7
Garibaldi.—Historia liberal del Siglo XIX	40
El Problema de la Emigración en Galicia	54
A Questão social, as Bodas raes e o Congresso republicano	55
Su Excelencia Eugenio Rougon	55
Las Señoras de Mont-Croix	55
La Muerta	55
La Revolució	87
Química de la Cuestión social	103
Las Crisis monetarias, Bursátiles, Mercantiles é Industriales..	117
La Explotación del Secreto	119
Los Amores de Felipe	119
Juan Mornas	120
Problemas sociales	120
El Vientre de París	134
El Catolicismo y la Cuestión social, examen crítico de los acuer- dos del Congreso católico de Lieja	151
La Pecadora.	151
La Revolución social	151
Acta de la Sesión pública celebrada en el Ateneo Barcelonés el 22 de Noviembre de 1886... ..	166
La sífilis como hecho social punible, y como una de las causas de la degeneración de la raza humana... ..	166
La Confesión de Claudio.. ..	167
Un Matrimonio de la aristocracia	167
El Conde Luis de Camors	182
La Fugitiva	183
Entre paysans	183
La Fortuna de los Rougon... ..	199